

Rebeca Leticia Rodríguez Zárate
María Elena Vega Villalobos

“La escritura náhuatl desde la mirada ilustrada:
la pictografía”

p. 35-50

Debates en torno a la escritura jeroglífica náhuatl

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2023

96 p.

Mapas, figuras

(Colección Históricas Comunicación Pública 4, Serie Debates
y Herramientas)

ISBN 978-607-30-7231-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 21 de marzo de 2025

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/805/debates-escritura.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2025, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

II

LA ESCRITURA NÁHUATL DESDE LA MIRADA
ILUSTRADA: LA PICTOGRAFÍA

Las revoluciones intelectuales desarrolladas durante el siglo XVIII modificaron la manera de comprender las escrituras antiguas de diferentes partes del mundo. El carácter hermético y metalingüístico que se les había atribuido a los jeroglíficos egipcios en el siglo anterior se puso en duda bajo las nuevas miradas ilustradas. Asimismo, el estudio de las escrituras ayudó a construir una visión histórica universalista sobre el pasado humano que implicó el desarrollo de juicios en torno a la civilización y el progreso. De tal manera, la indagación acerca de los registros escriturarios no alfabéticos —como los mesoamericanos— sentó las bases para concebir una “historia universal de la escritura” en la que cada sistema se interpretó como parte de un todo. El espíritu universalista asimiló como integrantes de un mismo proceso a culturas y escrituras distintas, como la egipcia jeroglífica, la náhuatl o la china. Pero el carácter lineal y evolutivo de esa historia suponía juicios de valor acerca del nivel de desarrollo de cada sistema de escritura. Por otra parte, los intelectuales del siglo XVIII emisores de tales juicios quedaron a su vez implicados en este devenir, es decir, al imaginar un desarrollo histórico universal involucraron su propia actualidad en el proceso y, por lo tanto, pusieron en práctica una actitud peculiar respecto a la historia de los demás sistemas de escritura en relación con su propio presente.

Desde la segunda mitad del siglo XVII, en ciertos contextos puede verificarse una reacción escéptica de los intelectuales de la época ante las características de hermetismo y desvinculación de la lengua que se atribuía a los jeroglíficos. Fueron dos las principales posturas en las que se manifestó este rechazo. La primera defendió un significado secular y no divino de los

jeroglíficos. Argumentaba que el supuesto misticismo encriptado en un mensaje de orden superior era en realidad una estrategia política de los sacerdotes egipcios para mantener su poder. Es decir, la característica hermética habría sido creada por los seres humanos y no por Dios, por lo que los jeroglíficos eran signos convencionales donde las relaciones con sus referentes habrían sido articuladas por las mentes de los poderosos. La segunda postura negó la existencia de un contenido hermético en los jeroglíficos. Sugirió que estaban destinados a la población analfabeta, de ahí su carácter público en monumentos y dirigido a las masas. Ambas tendencias, es decir, la concepción de la escritura jeroglífica como un sistema opresor, la secularización de las nociones en torno a ella y las críticas a la practicidad del sistema, posicionaron a los sistemas alfabéticos como las escrituras más desarrolladas y eficientes.

Los primeros autores que plantearon un principio general para la historia de la escritura fueron el anticuario francés Nicolas Fréret (en 1718), el obispo inglés William Warburton (en 1742) y el napolitano Giambattista Vico (en 1744). Los tres coincidieron en que la historia de la escritura comenzó con una etapa de “pintura” de ideas, fase en la cual la escritura mexicana fue el principal ejemplo.

En la obra titulada *De la lengua de los chinos. Reflexiones sobre los principios generales del arte de escribir, y en particular sobre los fundamentos de la escritura china*, Fréret intentó explicar, sin hacer uso de ningún factor de origen divino, cómo se desarrollaron los esfuerzos humanos para alcanzar la escritura. Él halló la respuesta en lo que se decía acerca de los registros mexicanos y opinó que la primera fase para la preservación de conocimientos había sido visual, mediante imágenes dibujadas. Fréret llamó a esta primera fase “escritura representativa”. Para él, los pensamientos no eran otra cosa sino la impresión que los objetos exteriores provocan en la mente y por tanto la primera escritura, “la más natural”, sería la que ofreciera la imagen y pintura de esos objetos. Sin embargo, consideró que las escrituras de ese primer periodo tenían deficiencias, como el caso de la náhuatl. En el mismo sentido que lo había señalado Mercati en el siglo XVI, la consideró poco

clara y complicada por el mucho espacio y tiempo que ocupaba su trazo. En este sentido, puede apreciarse una valoración negativa hacia ese estadio al resaltar su falta de practicidad y eficiencia. Fréret explicó que el cambio a la segunda etapa se debió a que “las naciones estudiosas” habían añadido signos o caracteres distintos a la primera escritura con el objetivo de remediar sus inconvenientes.

El lingüista francés clasificó los tipos de escritura que incluyó en su historia a partir de dos criterios: uno visual y otro de funcionamiento. Con base en el primero pudo identificar cómo operaban las escrituras de las primeras dos etapas. Por ejemplo, en el caso de la náhuatl, representando la cosa por la cosa misma; en los jeroglíficos, estableciendo relaciones ingeniosas entre las figuras y lo que representaban; y en la escritura china imponiendo una relación arbitraria entre el signo y su significado. Fréret dejó de lado el aspecto de los textos al referirse a la tercera etapa, puesto que no podía servirle en absoluto para diferenciar escrituras como la hebrea, árabe, griega, latina, etíope e hindú, y se basó en el tipo de sonidos que representaría cada signo, asumiendo en todos estos casos la vinculación entre escritura y lenguaje hablado.

Los trabajos de Fréret, Vico y Warburton han sido clasificados por el historiador Nicholas Hudson como “historias conjeturales” por la manera en que establecieron sus planteamientos, sin la utilización de evidencia empírica. Si bien, como se ha visto, las valoraciones sobre la escritura de los antiguos mexicanos no eran cosa nueva, para el siglo XVIII la escritura prehispánica se aplicó como prueba sustancial del proceso de civilización. Esta postura se enlazó, por un lado, con los cambios en la idea de progreso y, por otro, con los planteamientos que aseguraron que la antigüedad o infancia europea podría verificarse en las costumbres de los indígenas americanos.

De acuerdo con Robert Nisbet, los pueblos americanos tendrían en común con los antiguos su condición de paganos, de ahí su cualidad de inferiores y, por ello, podrían servir para ejemplificar ciertos aspectos del propio pasado de Europa. Éste es el caso de Jacobo Benigno Bossuet quien, en su *Discurso sobre la historia universal*, publicado al iniciar la década de 1680,

retomó a San Agustín y planteó una visión teleológica de la historia humana donde podía verse el advenimiento de un plan divino en el que lo cristiano vence a lo pagano. De tal manera, lo antiguo asociado a lo no-cristiano sería necesariamente peor que lo actual.

John Locke comparó el desarrollo de las naciones con las fases de la vida de un individuo. En este sentido, las facultades de la mente de un infante serían comparables a las de la antigüedad remota. Durante todo el siglo XVIII cobró fuerza la tendencia de equiparar las costumbres de los indios americanos con las costumbres de los primeros tiempos vistos como la infancia europea. Si bien desde las crónicas del siglo XVI pueden encontrarse esas comparaciones, en el XVIII las equiparaciones sirvieron para ilustrar a los propios europeos sobre su pasado.

La propuesta se halla en la obra del jesuita francés Joseph François Lafitau, en el ensayo titulado *Las costumbres de los americanos primitivos comparadas con las costumbres de los primeros tiempos*, publicado durante la década de 1720. Desde el punto de vista de Lafitau, las semejanzas religiosas entre los indígenas de Canadá y los relatos sobre la religión de los antiguos eran tantas que podía afirmarse que todas las religiones tenían un ancestro común. Dios les habría entregado la religión a los seres humanos y ésta se habría propagado diversificándose hasta alcanzar su cúspide en el cristianismo.

La comparación de los primeros tiempos con las costumbres de los indígenas americanos otorgó sustento al planteamiento de un origen común de las escrituras del mundo a partir de imágenes. Fréret, al igual que Warburton y los historiadores de la escritura que les sucedieron dotaron de significado a hechos singulares y aislados, como el de los registros americanos, por medio de la comparación con un tiempo fundacional, tejiendo así una trama, un discurso que los vinculaba con ese hecho gracias a una narrativa sobre los orígenes.

En 1742 Warburton publicó *La legación divina de Moisés*. Esta obra es significativa porque retomó el estudio de la escritura jeroglífica egipcia tras su paulatino desprestigio en los siglos XVII y XVIII. Warburton quería argumentar la presencia de la revelación divina en la ley mesiánica, para lo cual

necesitaba comprobar la antigüedad de Egipto y de su sabiduría política. La ausencia de la sabiduría egipcia en las leyes de Moisés probaba su originalidad y la intervención divina, según Warburton. Trazar el origen y desarrollo de los jeroglíficos egipcios le permitiría cumplir su cometido argumentativo. Sin embargo, su estudio era considerado una extravagancia para el momento en que publicó su obra. Además, Isaac Newton había elaborado una cronología universal que negaba la gran antigüedad egipcia, por lo que Warburton, si quería que su línea argumentativa fuera eficaz, tenía que restituir a Egipto su antigüedad y su sabiduría devaluada.

Al igual que otros autores, Warburton siguió la interpretación de una historia lineal de la escritura y del lenguaje donde los registros nahuas formaban parte de los orígenes. El erudito inglés propuso el término de *picto-grafía* para caracterizar a la escritura náhuatl y así marcar distancia histórica y conceptual respecto al término *jeroglífico*. De esta manera, la escritura jeroglífica sería una fase media entre la pictografía y el alfabeto.

Para ilustrar la pictografía, Warburton presentó la reproducción de una lámina del *Códice Mendocino*. Hizo referencia textual a Samuel Purchas para explicar algunos detalles del documento. Sin embargo, omitió deliberadamente la preferencia que el autor del siglo XVI tenía de los jeroglíficos mexicanos respecto de los egipcios, al considerarlos más oscuros e inciertos: “Los egipcios comenzaron como los mexicanos con una pintura y siendo ingeniosos y muy dados al misterio, cultivaron una especie de jeroglíficos más abundantes en signos por analogía o símbolos”. En el Libro IV de su *Legación divina*, Warburton dice lo siguiente:

La primera y más natural forma de comunicar nuestros pensamientos con marcas o figuras es trazando las imágenes de las cosas. Entonces, los primeros en expresar la idea de un hombre o caballo delinearon su forma. Así, el primer impulso hacia la escritura fue una mera pintura.

Pero los inconvenientes que acompañan al volumen demasiado grande en escritos de este tipo pronto pondrían a la gente más ingeniosa y mejor civilizada a idear métodos para

reducir sus caracteres: y todas las mejoras de este tipo que fueron inventadas por los egipcios, y llamadas **jeroglíficos** fueron, con mucho, los más célebres. Con este artificio, la escritura, que entre los mexicanos no era más que una simple pintura, se convirtió en Egipto en un carácter pintado.

Warburton también retomó al sabio jesuita Athanasius Kircher y, aunque ridiculizó sus interpretaciones sobre el hermetismo de los jeroglíficos egipcios, compartió su visión sobre el salvajismo de los indígenas americanos. Otro autor que Warburton usó como fuente para su historia de la escritura fue Acosta. Sin embargo, a diferencia de éste, no ubicó a la escritura mexicana en la tipología de los caracteres sino en la de la simple pintura.

En síntesis, Warburton supuso que la diferencia entre los signos pictográficos y los jeroglíficos sería que aquéllos deben interpretarse directamente según lo que parecen representar, mientras que éstos establecen el significado a partir de metáforas determinadas por convención humana, es decir, que tendrían una naturaleza connotativa.

Las propuestas de Warburton sobre los caracteres mexicanos, vistos como un ejemplo de la escritura primitiva, se asumieron en lo general durante los siglos posteriores con todas sus implicaciones sobre el estado de civilización americana. Incluso hoy en día es común el uso del término *pictograma* para hacer referencia a las escrituras de Mesoamérica, pasando por alto su carga interpretativa, que conlleva a la consecuente devaluación de los pueblos indígenas. La obra de Warburton alcanzó una amplia difusión principalmente entre los ilustrados franceses, baste como ejemplo la entrada “Escritura” que aparece en la *Enciclopedia*, la cual sigue por completo sus proposiciones.

En el *Ensayo sobre el origen de los conocimientos humanos*, Étienne Bonnot de Condillac expuso que la conexión de las ideas con los signos era el principio de todo lo relacionado con el entendimiento. De ahí la importancia de recurrir al pasado para comprender el funcionamiento de las operaciones lingüísticas y simbólicas y poder inferir las reglas del desarrollo

de la mente humana en la historia. Por su parte, Rousseau planteó, en su *Ensayo sobre el origen de las lenguas*, que las distintas maneras de escribir simbolizan los tres estados de desarrollo de las naciones: “La representación de los objetos corresponde a los pueblos salvajes, los signos de las palabras y de las oraciones a los pueblos bárbaros y el alfabeto a los pueblos civilizados”.

La obra de Warburton fundamentó muchas de las nociones modernas sobre la escritura y su historia, dejando atrás las ideas de hermetismo y sacralidad de los siglos previos. Sin embargo, también perpetuó muchos de los prejuicios que se tenían respecto a la escritura mexicana: su desvinculación con la lengua hablada, la supuesta representación directa de ideas y su carácter simple y falto de artificio.

En esta primera historiografía de la escritura es importante resaltar el trabajo de Giambattista Vico. En su *Ciencia nueva* plantea que, durante su desarrollo, las sociedades atraviesan por la sucesión ordenada de tres estados generales a los que les corresponde un tipo de lenguaje y escritura, siendo ambas capacidades totalmente dependientes una de la otra. El primero sería la edad de los dioses o tiempo oscuro, donde se habría desarrollado la escritura jeroglífica de origen poético, que tendría un carácter sagrado o secreto correspondiente a un lenguaje mudo que mediante signos o cuerpos —es decir, alegorías de conceptos abstractos— mantendría una relación natural con las ideas que se querían significar, su contenido sería mitológico. Después ocurriría la edad de los héroes o tiempo fabuloso a la que el autor le asignó una lengua simbólica que funciona por semejanzas, comparaciones, metáforas y descripciones naturales para constituir emblemas, empresas o insignias. En esta etapa ubicó a los manuscritos mexicanos, por tratarse de registros épicos que daban cuenta de las hazañas de sus gobernantes. Por último, a la tercera edad o tiempo histórico le corresponde una lengua articulada y una escritura epistolar de tipo alfabético.

Vico no definió en la *Ciencia Nueva* a qué se refería específicamente con escritura jeroglífica, simbólica y epistolar, ni explicó su funcionamiento, pues para la época estos términos

resultaban conocidos entre sus lectores. Por lo tanto, el concepto de jeroglífico implícito en la obra de Vico cumplía con los atributos metalingüistas, herméticos y sagrados de la cultura emblemática. Sin embargo, la innovación del autor consistió en brindar historicidad a las nociones tradicionales, es decir, explicar la funcionalidad de los diferentes tipos de registro de acuerdo con las necesidades propias de cada época.

Las obras de Fréret, Warburton y Vico pueden considerarse como una síntesis entre los planteamientos más innovadores de su tiempo y la tradición. Por un lado, dan muestra de que durante el siglo XVIII los distintos tipos de escritura en el mundo se convirtieron en un objeto de investigación histórica. Por otra parte, también prolongaron nociones de los siglos anteriores, como puede apreciarse en el caso de la escritura indígena de América. Además de mantener la idea de su desvinculación de la lengua, se estableció el canon de su primitivismo mediante el término de *pictografía*. Estas consideraciones desarrolladas en el Siglo de las Luces fueron fundamentales para plantear una historia totalizadora de la civilización.

Ante los planteamientos que denigraban las fuentes americanas, en la segunda mitad del siglo XVIII se efectuaron respuestas de intelectuales que pretendieron reivindicar a los pueblos indígenas mediante la reflexión sobre su escritura. Para elaborar sus argumentaciones realizaron una síntesis tanto de los postulados neoplatónicos del siglo XVII como de las historias conjeturales de la escritura del siglo XVIII.

El jesuita Lorenzo Boturini Benaducci publicó en 1746 su *Idea de una historia general de la América Septentrional*, obra en la que retomó la propuesta de Vico respecto a las etapas del desarrollo humano. Desde su perspectiva, el pueblo mexicano había transitado las tres edades y para sostenerla se apoyó en el análisis de sus diferentes tipos de escrituras. Boturini utilizó de manera consistente y regular los términos de jeroglífico, carácter, símbolo y cifra a lo largo de toda su obra, de modo que hizo distinciones entre diferentes categorías de signos. Cuando se refirió a jeroglíficos siempre lo hizo en lugar de las imágenes de los dioses. Cuando habló de caracteres lo hizo en referencia a los signos calendáricos de los años, *calli*, *tochtli*,

ácatl y *técpatl*. Los símbolos eran para él las representaciones de los días y las cifras equivaldrían a los topónimos y antropónimos. En consecuencia, los jeroglíficos pertenecían a la edad de los dioses, los caracteres y símbolos se habrían desarrollado en la edad heroica y las cifras corresponderían al tiempo humano. Esquematizar la historia del pueblo náhuatl a lo largo de las edades de los dioses, de los héroes y de los seres humanos constituía una oposición a la idea común en el siglo XVIII de que los pueblos americanos se habían quedado estancados en una etapa primitiva del desarrollo de la humanidad.

Con el avance de la centuria aumentó el debate en torno a la supuesta inferioridad de América respecto de Europa, pues, como hemos visto, desde el siglo XVII había quienes pensaban que los habitantes de América evidenciaban lo que podía ser considerada la “infancia” de la humanidad. El historiador Thomas D. Kendrick ha mostrado que, a partir de las descripciones de los indígenas de Norteamérica realizadas por los colonizadores ingleses, se llegó a afirmar que, en tiempos remotos, los nativos de Gran Bretaña habían sido “tan primitivos” como los indígenas de Virginia, quienes no trabajaban los metales.

Pero aún seguía sin poder explicarse por qué razón algunos grupos humanos se habían desarrollado más rápidamente mientras que otros habían permanecido aparentemente estáticos durante miles de años. Como ha señalado Trigger, en el siglo XVIII las discrepancias en el adelanto cultural comenzaron a ser atribuidas ya no a factores religiosos —como en el siglo XVI— sino a causas ambientales. Este argumento, más naturalista, señalaba que el poco avance en América se debía a que ésta era climáticamente inferior a Europa y Asia, y que ello determinó la inferioridad de las culturas indígenas, así como de su vida animal y vegetal. No obstante, a pesar de que tal explicación fue defendida por numerosos investigadores, estaba lejos de ser convincente.

La intelectualidad americana y también algunos pensadores europeos reaccionaron contra las inexactitudes de los críticos de América, apelando a su ignorancia respecto de las circunstancias y las fuentes americanas. En esta polémica, el pasado prehispánico y la presencia de escritura jugaron un papel

significativo dentro de los argumentos de cada una de las partes de la discusión.

Entre los principales escritores con opiniones antiamericanistas más radicales destaca el holandés Cornelious de Pauw, quien negó que los nahuas hubiesen desarrollado jeroglíficos y, por lo tanto, hubieran contado con escritura, la cual era un rasgo definitorio de civilización. De Pauw incluso dudó acerca de que los dibujos mexicanos hubieran servido para registrar su pasado y mucho menos para representar ideas morales y metafísicas.

Ante estas declaraciones, el jesuita novohispano Francisco Xavier Clavijero rechazó que los nahuas hubiesen sido faltos de civilización. Es interesante el giro que le dio a la noción de escritura, pues para él los mexicanos habían contado con ella, pero no en el sentido de explicar las palabras con caracteres sino en el de dar a entender las ideas o cosas con figuras o jeroglíficos. De modo que para considerar como escritura los registros mexicanos no era necesario establecer un vínculo con la lengua, ya que aún sin palabras se cumplía la función de comunicar.

Clavijero también confrontó la *Historia de América* del escocés William Robertson. Si bien compartió su visión teleológica de que la historia de la escritura tiene en su culminación al alfabeto, rechazó que los nahuas no hubiesen tenido auténticos jeroglíficos. Robertson retomó de Warburton el término de pictografía para referirse a una pre-escritura indiana, la cual simbolizaba un rezago salvajista. Ante esto, Clavijero recurrió a la clasificación de Acosta para situar los registros nahuas en el nivel previo al del alfabeto. Para el veracruzano, los numerales, los signos del día y la noche, del año, del siglo, el cielo y la tierra eran caracteres arbitrarios o de convención, siguiendo la clasificación de Acosta, y no una simple pictografía, como señalaron Warburton y Robertson.

En 1770, Francisco Antonio de Lorenzana publicó la *Matrícula de tributos*. El documento sirvió a Clavijero y a Antonio de León y Gama para rebatir a los antiamericanistas de su tiempo. Una de las ventajas de la publicación era su materialidad, pues los signos correspondientes a topónimos y antropónimos resultaban más visibles que los del *Códice Mendocino*, en

el que habían basado sus interpretaciones Purchas, Kircher y Warburton. En la *Matrícula*, Clavijero identificó nombres de ciudades y advirtió que algunos términos eran representados de manera sistemática con la misma figura. Por ejemplo, los nombres que incluían la terminación *tzinco* se representaban siempre mediante la parte trasera de un hombre. A pesar de esta relación entre el vocablo y lo representado, Clavijero sostuvo que estos caracteres eran transmisores de ideas sin mediación del lenguaje. Por su parte, Lorenzana apuntó en su edición que, para comprender los jeroglíficos, era necesario el conocimiento del náhuatl, por lo que para identificar a algunos pueblos que se mencionan en el documento contó con el apoyo de expertos hablantes nahuas. Esta postura es significativa porque rompe con la posición tradicional que asumió la naturaleza metalingüística de los caracteres nahuas.

En los juicios de Boturini, Clavijero y Lorenzana pueden notarse diferencias interpretativas respecto al funcionamiento de la escritura náhuatl. Comenzaron a surgir consideraciones que podrían parecer contradictorias sobre la vinculación o no de la lengua con los registros gráficos. Sin embargo, tuvieron en común haber trabajado directamente con los documentos, lo cual les permitió estimar sus trabajos como superiores respecto de quienes difamaban América, y se les juzgó como carentes de fundamentos para validar sus opiniones. En palabras del jesuita José Lino Fábrega:

Todos éstos [los códices] y otros objetos habrían merecido la perspicacia y la atención de los estudiosos y filósofos historiadores de nuestros tiempos. Ellos, sin embargo, no han hecho otra cosa que confundir por medio de su estilo jocosó, ó reírse de un modo brillante de lo que tantos otros nos habían dicho con toda seriedad. En vez de dar un paso adelante publicando los monumentos originales adquiridos y procurarse los más que pudieran, se han fiado de las relaciones anónimas de hombres poco exactos, ó prevenidos por el sistema ridículo de la degradación de la naturaleza en América. El calcular la cultura de las naciones extranjeras, el criticarla sobre el fundamento de no haber ellas adopta-



Figura 5. Monolito conocido como Coatlicue.
Dibujo de Moisés Aguirre.

do nuestras propias invenciones, fue siempre la debilidad de los espíritus faltos de razón, satisfechos de sí mismos e injustos concedores de la constitución humana.

En 1790 se encontraron dos enormes monolitos tenochcas bajo el suelo de la Plaza Mayor de la ciudad de México. Se trata de las piezas que hoy se resguardan en la Sala Mexica del Museo Nacional de Antropología y que identificamos como Coatlicue y Piedra del Sol (véanse las figuras 5 y 6). Estos dos hallazgos generaron un interesante debate entre dos de las personalidades más respetadas de la intelectualidad capitalina, el astrónomo Antonio de León y Gama y el editor de la *Gaceta de Literatura*, Antonio Alzate. Lo interesante de la disputa, en relación con el tema de la escritura náhuatl, radica en que los argumentos planteados pueden tomarse como muestra de la decadencia de las nociones relativas a los jeroglíficos de los siglos previos. Las posturas de ambos autores manifiestan una tensión entre tradición y modernidad en el ámbito de los estudios acerca de las antigüedades mexicanas.

León y Gama publicó una *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras*. En ella se empeñó en demostrar que las obras de los antiguos americanos se situaban muy por encima de la mera pictografía. El autor esperaba que su explicación sobre los monolitos demostrara que en el territorio novohispano había existido una alta civilización antes de la llegada de los europeos. Al igual que los autores mencionados en las líneas anteriores, recurrió a la tradición jeroglífica para refutar las opiniones de quienes les concedían a los antiguos mexicanos un desarrollo primitivo, pero sus interpretaciones sobre las piedras fueron objeto de una dura crítica por parte de Alzate, la cual se publicó en la *Gaceta*.

Lo interesante de las observaciones de Alzate es que trasladaron el tradicional debate acerca del grado de desarrollo de los pueblos indígenas precolombinos a un terreno muy distinto: el de los métodos de desciframiento. Para este autor, ninguna interpretación sobre los jeroglíficos nahuas podría ser válida si no se establecía un método de interpretación sistemático, regular y que excluyera toda posibilidad especulativa.



Figura 6. Monolito de la Piedra del Sol.
Dibujo de Moisés Aguirre.

Para Alzate, todas las interpretaciones sobre los caracteres mexicanos hechas desde el siglo XVI eran tan inútiles e insatisfactorias como las que se habían hecho acerca de los jeroglíficos egipcios, ya que ninguna afirmación había podido corroborarse. ¿Qué podía asegurar que las afirmaciones de León y Gama fueran correctas? Para convencer a su audiencia, Alzate hizo mofa de la “voluntariedad” de las interpretaciones de anticuarios y etimologistas que generaban siempre más confusión que claridad. Para ello, puso ejemplos cargados de ironía acerca de las, radicalmente distintas, explicaciones que solían darse sobre un mismo signo jeroglífico. La solución ante esta maraña de desconciertos sería encontrar las reglas que subyacen al funcionamiento de los signos, desentrañar su lógica interna:

Expóngannos este anticuario las reglas que sirven para iniciarse en los conocimientos de que sólo eran poseedores

algunos de los antiguos mexicanos, y entonces ya vendremos en conocimiento de su acierto [...] venga la clave, vengan las reglas en virtud de que se interpretan estas figuras [...] la nación subsiste, sus costumbres no; mucho menos los inteligentes a quienes estaba reservado (lo mismo que a los egipcios) el conocimiento misterioso de los caracteres.

Estas líneas indican que Alzate estaba al tanto de las críticas a la cultura emblemática y a la interpretación de la escritura jeroglífica egipcia que se habían desarrollado en Europa durante las décadas previas. Pero, sobre todo, indica un cambio sustancial en las nociones sobre escritura. Previamente, bajo la mirada Renacentista y Barroca, se basó en la capacidad de un sistema gráfico para transmitir conceptos a los ausentes. Ahora se le veía como un sistema con operaciones internas y relaciones entre los signos que podían sustraerse de manera metódica o científica.

El afán por situar la escritura mexicana antigua más allá de la pictografía atribuyéndole las características tradicionales de jeroglífica, provocó que la respuesta de León y Gama a la solicitud de Alzate fuera negativa. Si las ideas de los seres humanos son infinitas, ¿cómo poder hallar una clave general para interpretar un sistema que se suponía ideográfico? Para León y Gama ésta era una tarea imposible, pues las formas de representación utilizadas por los indígenas serían también infinitas e imposibles de sistematizar. Para este autor, la idea de una clave de signos jeroglíficos nahuas era tan absurda como pretender una clave de interpretación para los signos chinos. Esta respuesta revela el descrédito general que tuvieron entre los autores ilustrados las escrituras no alfabéticas.

Sin embargo, como veremos luego, en Francia, a principios de la segunda mitad del siglo XVIII se dieron los primeros pasos en la comprensión sistemática de los sistemas escriturarios antiguos. Este hecho permitió el desciframiento de varias escrituras antiguas, y multiplicó las esperanzas de quienes buscaban la comprensión y el eventual desciframiento de la escritura empleada por los antiguos mexicanos, los cuales se concretaron en la centuria siguiente.

